

IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2012.

LA COBARDÍA NEURÓTICA Y UN TIPO PARTICULAR DEL USO DEL CUERPO.

Dartiguelongue, Josefina.

Cita: Dartiguelongue, Josefina (2012). LA COBARDÍA NEURÓTICA Y UN TIPO PARTICULAR DEL USO DEL CUERPO. *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <http://www.aacademica.com/000-072/763>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <http://www.aacademica.com>.

LA COBARDÍA NEURÓTICA Y UN TIPO PARTICULAR DEL USO DEL CUERPO

Dartiguelongue, Josefina

UBACyT, Universidad de Buenos Aires

Resumen

Las mutaciones sociales y sus efectos en la subjetividad contemporánea, delinean cambios no sólo en la presentación del pathos, sino también, en la posición subjetiva que lo sostiene, y por ende, en el tratamiento subjetivo, en los recursos o artilugios de los sujetos sobre el mismo. Es la práctica del cutting, -la realización de cortes en el cuerpo-, a la que se abocará el presente trabajo, apuntando no sólo a la operación en la que se constituyen un tipo específico de casos, sino a la “elección” subjetiva que los soporta. Intervención en el cuerpo que, lejos de la “cobardía represora”, que es compatible con la admisión del inconsciente, enmarca al sujeto en la cobardía del neurótico sin requerir de la disociación de la conciencia y de la producción de síntomas para aferrarse a ella.

Palabras Clave

Cortes, Cuerpo, Cobardía, Inconsciente

Abstract

THE NEUROTIC COWARDICE AND A PARTICULAR USE OF THE BODY

Social mutations and their effects on contemporary subjectivity, trace changes not only on the pathos presentation, but also on the subjective position that holds it, hence, on the subjective treatment, on the resources or mechanisms of the subject upon himself. It is the cutting behavior-the act of cutting one's body-the matter of this work, aiming not only at the operation which constitutes a specific type of cases, but also, to the subjective “choice” that endures it. This intervention on the body, far from the “repressive cowardice” which is compatible with the unconscious admission, frames the subject in the neurotic's cowardice without the need of the conscience dissociation and the symptom production to cling to her.

Key Words

Cuts, Body, Cowardice, Unconscious

Nuevas presentaciones

Las mutaciones sociales, su incidencia respecto de algunas coordenadas en la constitución subjetiva, y con ello, sus efectos en la subjetividad contemporánea, delinean cambios no sólo en la presentación del pathos, sino también, en la posición subjetiva que lo sostiene, y por ende, en el tratamiento subjetivo, en los recursos o artilugios de los sujetos sobre el mismo.

La clínica contemporánea, -especialmente respecto de la neurosis-, confronta a los analistas con fenómenos, síndromes o cuadros que no se corresponden con las coordenadas del sujeto dividido, y, por

lo tanto, no se presentan del todo acordes a la estructura del dispositivo analítico, desafiando la eficacia de la praxis, y reservando sólo en el manejo de la transferencia, el recodo último de su posibilidad.

Ya no asistimos solamente a la masividad de la clínica de las adicciones, ni a la tendencia a las patologías del acto, ni al reinado de la bulimia y la anorexia, sino que se presentan toda una serie de cuadros que se centran en distintas modalidades de intervención sobre el cuerpo. Entre ellas, el branding, la escarificación, el self-injures, el cutting, etc. Es la práctica del cutting, -la realización de cortes en el cuerpo-, la que encuentra notable presencia en la consulta y es a la que se abocará el presente trabajo, apuntando no sólo a la operación en la que se constituyen un tipo específico de casos, sino a la “elección” subjetiva que los soporta.

El fenómeno de los sujetos que se practican incisiones en la piel está instalado en el espacio social, y ha adquirido no sólo nombre propio, sino una suerte de masividad. Ciertos estudios lo reportan como la conducta más frecuente respecto de la violencia autoinfligida y cuentan a título de millones, los sujetos en esta práctica (Strong, 1998)

Cortes en el cuerpo

Los casos de sujetos que se practican autoincisiones en el cuerpo no constituyen un campo homogéneo. Más bien, es característica su heterogeneidad clínica (Dartiguelongue, 2010). Es decir, se encuentran casos donde los cortes constituyen una operación sobre el goce en la psicosis; casos donde la acción de cortarse se configura como un acting out; casos donde responden a una estructura perversa; o casos donde los cortes se fundan en una identificación histérica, etc. De entre todos ellos, hay un tipo particular de casos que se presentan reiteradamente en la clínica. Se trata de casos de neurosis, donde los sujetos, luego de alguna situación en la que han sido desalojados por el Otro, desarrollan eclipsantes estados de angustia y encuentran, en la realización de tajos en la piel, el *alivio* a esta coyuntura (Dartiguelongue 2011). En este tipo de casos se trata de cortes superficiales que los sujetos siempre realizan en soledad y mantienen bajo absoluto secreto. Es decir, que no se ofrecen a la mirada del Otro, ni en su materialización, ni se vuelven escena a través del discurso. En estos casos la acción vale por el corte y no por la marca, es decir, no se trata de sujetos que inscriben marcas en su cuerpo. Y ni el dolor ni la función de la sangre cobran un papel predominante.

A continuación se presentan dos pequeñas viñetas que dan cuenta de lo paradigmático de este tipo particular del uso del cuerpo.

Zoe, 20 años. “Con los cortes tomo la decisión, no es automático, quiero decir, no es un impulso. No es para matarme. Es cuando

tengo angustia. Necesito sacármela. La primera vez fue en el verano. Todo empezó cuando elegí mi pareja mujer, en octubre del año pasado. Después tuve otra pareja. En el verano les conté a mis papás. Fue difícil. Yo sentía que mis papás, lo poco que les hablaba, no lo escuchaban, no les importaba. Para mí era difícil y ni me prestaban atención. No me escuchaban. Ahí me angustiaba mucho. Ahí empecé a cortarme. Nunca se enteraron. Me agarra con ellos. Nada de mí les interesa realmente. Con los cortes es como un alivio. Después también me cortaba cuando me peleaba con mi pareja. Con ella también lo disimulaba. Es que me calma de esa sensación horrible que no te podés sacar, esa sensación que hasta te agarra en el cuerpo y que no me banco. Iba a buscar una gilette y listo.”

Ernestina, 22 años

E. vive con su madre. Sus padres están separados desde sus 13 años, época desde la cual prácticamente no ve al padre. “Hace tres años me empecé a cortar. Yo estuve en pareja. Me separé. Yo fui la que decidí cortar la relación con mi pareja porque no daba para más. Y yo no estaba bien para sostenerla. Estaba deprimida. En un pozo. Pero él me iba a dejar. Ahí me corté por primera vez. Salió de la nada. No sé como se me ocurrió. Me corté para descomprimirme, para sacar toda esa angustia. No me duele, ni lo siento. Cuando me peleo con mi vieja, cuando te hace sentir mal, que no te quiere, que tu familia no te quiere, me corto. Me agarra mucha angustia y me corto. Eso me baja. Es lo que siento en el momento. Yo con mi mamá no hablo. Nunca lo hice. A mí me adoptaron. Yo hice, la familia por un lado y yo por el otro. A mí me mata el abandono. El abandono no me lo banco. Hago eso con mi familia”. Y refiere” Cortarme es una línea, es como poner una línea. Es como poner una línea a todo lo malo, a la angustia, o a todo lo que angustia. En realidad, si pienso, son sucesos que me angustian en el momento, peleas con mi mamá, cuando me separé, pero me doy cuenta que además de sucesos ya venía de un estado depresivo. Me adoptaron cuando tenía 6 años. Y yo como que desde esa época ya estaba triste, deprimida. En realidad no me acuerdo de ser feliz. Yo me peleaba con mi familia y me cortaba. Hubo un momento que lo hacía mucho. Cuando me separé y volví a vivir con mi mamá y ella me trataba mal todo el tiempo. Hasta salía a la calle y me angustiaba. Cuando me cortaba era “ya está, soy yo sola y nadie más. Soy yo para mí. No me mira el resto. Soy yo en ese momento. Soy yo nada más. Soy yo en el baño o en el cuarto. Sola. Y después no se lo contaba a nadie”.

En todos estos tipos de casos encontramos como factor desencadenante un Otro que no da lugar al sujeto como tal, pero no por presentarse consistente, sin falta, sino por ubicarlo en un lugar residual. Situaciones que cobran valor de desencadenante ya que descubrieron ser la estructura original de la relación al Otro primordial. Así, el sujeto, desalojado por el Otro, queda arrojado a la dimensión del obj *a*, como resto y pierde su condición de sujeto.

La angustia es la inmediata respuesta a esta dimensión real intolerable de encarnar el *a*, como resto, deyectado por el Otro (Lacan, 1962-63). Angustia que se manifiesta, tal como Lacan lo propone en la lógica del nudo, como un avance de lo real sobre lo imaginario, como un avance desorganizante del narcisismo, de la unidad totalizante del yo y de la idea de sí mismo, traduciéndose como experiencias de despersonalización (Lacan, 1974).

Ahora bien, a diferencia no sólo del pasaje al acto sino también de algunas histerias melancolizadas donde hay cierta recuperación de goce en ubicarse en el lugar de desecho y en identificarse a ese

lugar, los sujetos buscan recuperarse de esta dimensión en que el *A* los ha dejado, en vez de replicarla. La función de esta intervención en el cuerpo es la de la restitución de la condición subjetiva y la detención del desarrollo de angustia.

Para ello, en la acción de cortarse se encuentran varias operaciones en juego. En primer lugar, el corte alcanza el estatuto de la estructura elemental del significante -el rasgo unario- que ubica al sujeto en relación al uno y al intervalo -la diferencia- y no al *a* como resto, permitiendo la restitución de la destitución subjetiva (Dartiguelongue, 2011). Se trata de una operación que se apoya en la identificación estructural del sujeto al significante (Mazzuca, R.,)

En segundo lugar, el corte implica una localización en el cuerpo que permite cierta fijación del exceso y así limita la deslocalización, la experiencia de invasión y dispersión propia de la angustia. Localización fallida, respecto de la causa, ya que no se trata de la inscripción de un lugar en el Otro, sino de un forzamiento imaginario en la superficie de la piel, razón por la cual los cortes tenderán a repetirse una y otra vez.

Y en tercer lugar, dado que en la constitución subjetiva es el significante el que corta constituyendo la superficie, probablemente, algo de los cortes en su valor de rasgo unario, replique aquella potencia del significante y permite reorganizar los límites y la composición de la superficie que la invasión de lo real como angustia habría desbaratado.

Ahora, si bien los cortes muestran su eficacia, -en una operación ignorada por los sujetos-, para reparar la caída del sujeto y el cese de su angustia, es llamativo que esto se logra acudiendo a un recurso simbólico que implica al fundamento más originario de su condición, la esencia del significante, (ni siquiera la inscripción de un significante particular) y a una rudimentaria operación imaginaria de y en la superficie del cuerpo. Es decir, se trata de una intervención que francamente no apela ni al Otro, ni al discurso y prescinde de toda respuesta orientada por el inconsciente. No se trata de alguna variable del acto, que puede o no aproximarse al lado del inconsciente, pero que en todo caso opera como referente (Lacan 1966-67). Ni se generan los cortes, a diferencia de otros casos, al modo de una repetición propia del inconsciente, relativa a una posición fantasmática. Ni hay algún indicio de que esté en juego la represión ya que la realización de cortes no se comporta en nada como el retorno de lo reprimido, como una formación del inconsciente. No hay ningún rastro de la estructura de metáfora, propia del síntoma, de algún significante determinado que suponga la sustitución. No se trata de algo que irrumpe en la conciencia como algo que los sujetos conocen y desconocen al mismo tiempo. Es decir, no hay carácter cifrado, enigmático, con el horizonte de una significación a producir. Ni siquiera como dimensión de goce clandestino. El corte no representa nada. No divide al sujeto.

Congruente con ello es que en la mayoría de este tipo de casos, los sujetos nunca consultan, sino que llegan a ella, obligados o derivados a una internación, después de muchos años y cuando finalmente alguien descubre su accionar. Demostrando, además, ser absolutamente refractarios a la instalación de la transferencia como supuesto del sujeto orientado al inconsciente como saber.

Cobardía neurótica y elección.

¿Por qué estos sujetos se presentan tan proclives a la angustia, es

decir, a que la angustia sea la respuesta única, masiva e inmediata a la caída? ¿Por qué no opera alguna instancia como respuesta frente a la coyuntura de su caída subjetiva y sólo encuentran remedio en los cortes en sus cuerpos? El neurótico dispone de distintas instancias psíquicas -recursos- destinados a operar para no llegar al estado apremiante de angustia. En términos de Freud, hay mecanismos que operan como una protección antiestímulo para evitar la invasión del exceso en el aparato (Freud 1920). Pero en estos casos, ni fantasma, ni el síntoma, ni alguna variante de acto, ni una inhibición, ni una posición respecto del Ideal, ni ningún semblante han salido a la palestra. Frente a la repulsa del Otro y el efecto de destitución subjetiva, en rigor, es la angustia la primera e inmediata respuesta. El hecho clínico de su arrasadora presencia desmiente que alguna de estas figuras hayan operado como defensa. Y frente a su desembarco, es decir, frente a su destitución y la dimensión real del *a*, con su correlato, es esta intervención rudimentaria sobre el cuerpo, - los cortes- el recurso subjetivo al que acuden los sujetos. Lo que opera para estos sujetos como defensa son las incisiones en la piel.

Se presenta entonces una tensión, que puede no ser excluyente. Por un lado, pareciera tratarse de sujetos que se encuentran *inermes*. Es decir, que no cuentan con la disponibilidad de recursos esperables para hacer frente a esta angustia, signo de su destitución. Se da una irrupción de lo real bajo esta modalidad y no encuentran defensa, ni en formaciones del inconsciente ni a través del fantasma. Pareciera, que los semblantes específicos para tener limitado a lo real no emergen, no funcionan al momento del estado de angustia, reduciéndose, en todo caso, en la posibilidad de reconstruir el carácter más básico del significante, la diferencia. Carencia que, sin duda, se puede adjudicar, en alguna medida, a la incidencia de la cultura contemporánea que, justamente, ostenta el declive de las referencias simbólicas y sostiene un discurso que pone en jaque instancias no sólo ordenadoras, sino también solidarias de la estructuración del inconsciente, como el significante del nombre del padre. Declinación que no es menos feroz en su contracara, la preponderancia, la infatuación de lo imaginario. Miller lo precisa sencillamente "Si el Otro no existe, lo que sí existe es el yo y sus dobles imaginarios, lo cual lleva al reinado, no ya del nombre del padre, sino en el nombre del cuerpo, en el nombre del cuerpo imaginario, con todos sus espejismos y con el rechazo del Otro y de la castración a nivel simbólico" (Miller 2005).

Por otro lado, y sin excluir estas coordenadas, este tipo de intervención en el cuerpo puede consistir, más que en el efecto de una *carencia* del aparato para tramitar lo real, en una "elección" que da cuenta de la posición subjetiva de estos sujetos. Es la posición tomada por el ser hablante, en tanto ser capaz de elección, ya que está "dotado del poder mínimo pero decisivo, de responder sí o no al deseo en juego" (Lombardi, 2008), la dimensión ineludible en juego. Efectivamente, estos pacientes, logran, en su acción, reparar su caída subjetiva y detener transitoriamente su angustia, dejando absolutamente inalterada la dimensión de la causa. Estos jóvenes buscan recuperarse rápidamente del lugar de desecho en que los ha dejado el Otro y del avance de la angustia, pero no están dispuestos a confrontarse con lo que de su angustia les concierne, es decir, de la relación al Otro, de su lugar de objeto y su inmanente dimensión de resto, de la inscripción del deseo y sus avatares. No buscan atravesar la angustia, sino sortearla renunciando a interrogar su estatuto de sujeto, su relación al Otro y al deseo. Estos sujetos "no quieren saber nada de eso".

Ahora bien, lejos de la "cobardía represora" (Lacan 1973; Soler 1988), carácter esencial de la neurosis, que es compatible con la admisión del inconsciente, esta intervención en el cuerpo enmarca al sujeto en la cobardía del neurótico que *ni siquiera requiere de la disociación de la conciencia* y de la producción de síntomas para aferrarse a ella.

Los cortes en este tipo de casos se caracterizan por quedar por fuera tanto de la dimensión discursiva como de la dimensión de la escritura, dicha realización se circunscribiría por fuera, en última instancia, de la dimensión del inconsciente. No hay interpretación del inconsciente, no hay cópula significativa, no hay ciframiento que haya que descifrar. No hay insistencia del inconsciente en cualquiera de sus formaciones. No sólo las autoincisiones "saltan", "cortocircuitan" la relación al inconsciente (Eidelberg, Schejtman, Soria, Ventoso 2003), sino que se trata directamente del *rechazo del inconsciente* como saber que trabaja, un rechazo del inconsciente para interpretar ese real (Schejtman 2004).

Estos sujetos no sólo prescinden de la represión y de la dimensión del inconsciente simbólico y real, sino que rechazan las implicancias de su condición -la división- devolviendo una implacable y casi infranqueable posición ante la castración.

Asimismo, podría aducirse como posibilidad que, si entendemos que el corte opera acotando el exceso sin recurrir al ciframiento del inconsciente, es porque no se trata, en la base, de la cara real del significante, de lo real del síntoma, de un goce opaco -el grano de arena-, por lo cual el inconsciente trabaja con la interpretación y el sentido, sino del avance de lo real del lado del *a* que exilia al sujeto y que aparece como angustia.

Ahora, aún así, el inconsciente como saber, como habilidad, como *savoir-faire* (Lacan 1972-73), ¿no funciona como elucubración respecto de distintas dimensiones de lo real y no sólo respecto del goce de la letra? que permita el pasaje de lo real a lo simbólico, que permita el semblante.

Una paciente decía "Tan pronto me comenzaba a sentir mal, el pensamiento se cruzaba por mi mente y me tenía que cortar. Continuaba pensando que entre más rápido me cortara el mal sentimiento desaparecería, entonces, ¿por qué esperar?".

En estos casos, no se trata de un objeto de consumo, ni de la anteposición de una imagen o de la ingesta de sustancias, sino que es una acción sobre el cuerpo la que embauca por un rato la angustia, sortea el agujero como arrebató de lo real, la castración tanto del sujeto como del Otro. Se trata de sujetos que, lejos de confrontarse con esta dimensión de la castración, de la falta en relación al objeto *a*, su estatuto, su lugar deseante y su relación al Otro, no están dispuestos a pagar el costo de la constitución del ser hablante y la destierran ensimismándose en el precario terreno de su piel. El sujeto cobarde repudia, evade su condición subjetiva, su lazo al Otro. Evita la confrontación con el deseo y sus avatares. Sin embargo, al cortajearse propone una salida en su cuerpo que ni siquiera lo convoca en su dimensión simbólica, como trama significativa, ni en su dimensión pulsional, sino meramente bajo la rúbrica de su utilidad. No se trata de un fenómeno que se expresa a través del cuerpo, sino de un *uso* intencional de su superficie. Cortajearse, en este marco, pareciera presentarse como un rechazo a la división, a su interrogación, al acto, obturándolo con el supuesto dominio del yo en el acto de cortarse donde ficticiamente lo consolida.

Bibliografía

- Dartiguelongue, J. (2010) en Memorias del II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVII Jornadas de Investigación Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur, Facultad de Psicología, UBA.
- Dartiguelongue, J. (2011) en Memorias del III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur, Facultad de Psicología, UBA.
- Eidelberg, A., Schejtman, F., Soria, N., y Ventoso, J. (2003). Síntomas actuales de lo femenino. Serie del Bucle, Buenos Aires.
- Freud, S. (1920). "Más allá del principio del placer". Obras Completas Tomo XVIII. Amorrortu, Buenos Aires.
- Lacan, J. (1962-63). El Seminario, Libro 10: La Angustia. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1966-67) El Seminario. Libro 14: La lógica del fantasma. Inédito.
- Lacan, J. (1972-73). El Seminario. Libro 20: Aún. Paidós, Buenos Aires, 1992.
- Lacan, J. (1973) "Televisión", en Psicoanálisis. Radiofonía y Televisión, Anagrama, Barcelona, 1980.
- Lacan, J. (1974). "La Tercera". Intervenciones y Textos II. Manantial, Buenos Aires.
- Lombardi, G. (2008) "Predeterminación y libertad electiva" en Revista Universitaria de Psicoanálisis. Universidad de Buenos Aires. Año 8, 2008.
- Mazzuca, R. y otros (2010) "Las identificaciones del sujeto" en Memorias del II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVII Jornadas de Investigación Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur, Facultad de Psicología, UBA, Buenos Aires.
- Miller J. A., (2005) El Otro que no existe y sus comités de Ética, Paidós, Buenos Aires.
- Schejtman, F. (2004). La trama del síntoma y el inconsciente. Serie del Bucle, Buenos Aires.
- Soler, C. (1988) Clínica de la Psicosis, Manantial, Buenos Aires, 1992.
- Strong, M. (1998). A Bright Red Scream. Self mutilation and the language of pain. Penguin Books, Nueva York, 1999.